

EVOLUCIONARIA REVOLUCIONARIA

~ nuestro abuelo es el demonio con cara de babuino ~



Buenos Aires, Argentina, noviembre 2009, ©B

1.

Desde el instante en que los miembros de una horda delimitan una reserva de caza, desde el instante en que se aseguran la propiedad a título privado, se encuentran frente a un tipo de hostilidad que ya no es la hostilidad de las fieras, del clima, de las regiones inhóspitas, de la enfermedad, sino la de los grupos humanos excluidos del uso del terreno de caza. El genio del hombre le permite escapar a la alternativa del reino animal: o aplastar al grupo rival o ser aplastado por él. El pacto, el contrato, el intercambio fundamenta las posibilidades de existencia de las comunidades primitivas. La supervivencia de los clanes anteriores a las sociedades agrícolas y posteriores a las hordas de la época llamada de la "recolección", pasa necesariamente por un triple intercambio: intercambio de mujeres, intercambio de alimentos, intercambio de sangre. Imbuida en la mentalidad mágica, la operación supone un ordenador supremo, un señor de los cambios, un poder situado más allá y más abajo de los contratantes. El nacimiento de los dioses coincide con el nacimiento gemelo del mito sagrado del poder jerarquizado.

Raoul Vaneigem

2.

Durante esa larga noche tomé la firme decisión de que, si vivía, le devolvería la libertad, muy posiblemente dentro del grupo 8, en vez de permitir que la metieran en otra jaula en el zoo de Colonia. Calculaba que tendría entre tres y cuatro años de edad —lo bastante mayor para sobrevivir en la naturaleza bajo la protección de gorilas adultos—. Era una hembra y le puse el nombre de Coco en memoria de otra, ya vieja, que había fallecido, hacía poco, de muerte natural.

A la mañana siguiente comenzaba la segunda etapa del viaje de la pequeña Coco. Los cuarenta minutos en camioneta por la irregular carretera de lava, desde la casa de los europeos hasta la base del [Monte] Visoke, fueron de agonía. La pequeña gritó de sufrimiento y miedo durante casi todo el agitado recorrido

del camino. Una vez que subimos a pie la primera y abrupta pendiente, fuera del ruido de las *shambas*, y alcanzamos el otro extremo del túnel de roca, Coco manifestó un vivo interés por el familiar entorno boscoso. Me preguntaba si la cría recordaría la vida que había conocido antes de su captura.

El personal de Karisoke había preparado la segunda habitación de mi cabaña para recibir a la cautiva. En una nota enviada al campamento por un porteador, pedí que clavaran tela metálica en las ventanas con el fin de proteger los vidrios, y a Coco, y que instalaran también una puerta de alambre entre su habitación y la mía. Pedí, además, que cubrieran el suelo del cuarto con vegetales comestibles y vegetación apta para construir un nido, y que calzaran pimpollos de *Vernonia* entre el piso y el techo para que pudiera trepar. Para cuando Coco y yo llegamos al campamento, la habitación había quedado convertida en una copia en miniatura del hábitat de un gorila.

"¡*Chumba tayari!*" Los hombres me gritaban, excitados, que el cuarto estaba listo. En el interior colocaron dos cazuelas con agua y grandes piedras para que la deshidratada cría no pudiera beber demasiado de una vez. De repente, me quedé a solas con ella en medio de una deliciosa calma.

Con cautela, levanté la tapa del corral sin saber bien qué reacción esperar. ¿Sería una criatura tímida, agresiva, aletargada? Me emocioné cuando Coco abandonó la jaula y avanzó, aturdida, por la vegetación, pasando la mano por hojas y tallos como si se asegurase de que eran reales. Por su estado de debilidad, hizo sólo un débil intento de pavonearse junto a mí para indicar que se proponía hacerse cargo de esta nueva situación. Entonces se puso de pie, me miró fijamente durante casi un minuto y luego, muy indecisa, gateó hasta mis rodillas. Sentí deseos de abrazarla, pero me abstuve de hacerlo por temor a comprometer el primer atisbo de confianza que había podido depositar en un ser humano.

Coco se instaló en mi regazo, tranquila, por unos minutos y al rato se dirigió a un largo banco debajo de las ventanas que dominaban las cercanas laderas del Visoke. Con grandes dificultades se subió a él y contempló las montañas. De pronto empezó a sollozar y derramar verdaderas lágrimas, algo que nunca vi hacer a un gorila, ni antes ni después. Por último, cuando creció la oscuridad, se hizo un ovillo en un nido de vegetación que yo le había preparado y lloriqueó hasta dormirse.

Dian Fossey

3.

El maestro acababa de abrir con precaución una cajita de metal que había sacado del bolsillo y contenía varias píldoras gruesas de color rojo vivo. Tomó una y dando unos pasos la lanzó con gran habilidad por el orificio del gran diamante. Otra vez apostados contra las facetas, vimos cómo la ligera avellana escarlata caía en el agua y se hundía lentamente, para ser tragada de pronto por el animal de piel rosada y lampiña, parecido a un gato depilado, que Chanterel nos presentó bajo el nombre Jông-dêk-lén. En virtud de una oxigenación especial, el *aqua-micans* —así se refirió el maestro al agua fulgurante que observábamos— poseía diversas propiedades excepcionales; en particular, permitía que los seres exclusivamente terrestres respirasen dentro de ella sin tensiones. Por eso —supimos por Chanterel— la mujer de la cabellera musical, que era la mismísima cantante Faustine, podía soportar sin inconveniente la inmersión prolongada; y lo mismo el gato.

Raymond Roussel

DATA

ILUSTRACIÓN TAPA: HÉCTOR MEANA

1. Raoul Vaneigem, de "Cambio y don", en *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones* (1967), Barcelona, 2008. Trad. Javier Urcanibia.
2. Dian Fossey, de *Gorilas en la niebla* (1983), Barcelona, 1994. Trad. Marcela Chinchilla y Manuel Crespo.
3. Raymond Roussel, pasaje de *Locus Solus* (1914), Buenos Aires, 2003. Trad. Marcelo Cohen.